

ESTUDIOS TEOLOGICOS Y FILOSOFICOS

DOMINGO M. BASSO, O. P.: *CONCUPISCENCIA
Y PECADO ORIGINAL*..... 89

NOTAS Y COMENTARIOS

JULIO MEINVIELLE: <i>EL PODER DESTRUCTIVO DE LA DIALÉCTICA COMUNISTA</i>	130
CARLOS A. DISANDRO: <i>OTRA VEZ EL PROEMIO DE PARMÉNIDES</i>	143
JUAN CARLOS CASAUBON: <i>HANS KELSEN Y LA TEORÍA PURA DE DERECHO (I)</i>	151
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	189

AÑO III - TOMO III - Nº 2

BUENOS AIRES

1961

NOTAS Y COMENTARIOS

EL PODER DESTRUCTIVO DE LA DIALECTICA COMUNISTA¹

Los momentos de la dialéctica hegeliana

La dialéctica es un proceso en que por un automovimiento de las contradicciones que encerraría toda realidad, ésta se desenvolvería o desplegaría indefinidamente. Hemos visto como Hegel —la cumbre de la filosofía moderna— hace consistir en este proceso la constitución misma de la realidad, que para él, antes de serlo en la realidad de la naturaleza, lo es en la realidad de la idea. La idea de la Lógica se autodespliega y para ello se aliena o extraña en la *naturaleza* y luego, superando esta alienación o extrañamiento, se reabsorbe y reapropia en el *Espíritu* —primero Espíritu subjetivo, luego Espíritu objetivo, y por fin Espíritu Absoluto— que, a pesar de su carácter mayestático no tiene ninguna realidad trascendente fuera de la inmanencia de los mismos espíritus finitos. Por ello, los autores hablan del ateísmo de Hegel.

Esta dialéctica que para Hegel se desenvuelve, primeramente en la *Idea*, para Marx se desarrolla principalmente en la actividad económico social del hombre en un proceso revolucionario continuado, movido por las necesidades económicas. Feuerbach, el humanista ateo de "*La Esencia del Cristianismo*", iba a servir de puente entre Hegel y Marx, para esta reinversión materialista de la dialéctica.

Pero la dialéctica que se desarrolla en la idea o en la realidad material, es por su naturaleza esencialmente destructiva en cuanto está fundada en la negación de los primeros principios del ser y del pensar. Este su carácter destructivo va a parecer más claro, si cabe, con el estudio de los "*momentos*" de la dialéctica.

Los "momentos" de la dialéctica en la dialéctica del amo y del esclavo. Momento no tiene aquí una significación de tiempo, indica la exigencia esencial de todo "*proceso*" que por su condición misma, está reclamando en cada uno de sus movimientos la marcha hacia el movimiento siguiente. Para comprender en un ejemplo concreto y de fácil captación, qué y cuáles son estos momentos de la dialéctica, vamos a exponer la célebre *dialéctica del amo y del esclavo*, tal como la expone Hegel en su "*Fenomenología del Espíritu*", la cual dialéctica encierra una gran significación política para caracterizar movimientos como el nazismo y el comunismo.

La página en la que Hegel describe la *dialéctica del amo y del esclavo*, ofrece una belleza plástica inigualable. *Primer momento de la dialéctica.* La lucha cuerpo a cuerpo entre dos hombres, o mejor entre dos protohombres para ejercer uno la dominación sobre el otro señala en Hegel

¹ Capítulo de un libro en preparación que lleva este título.

el paso de la conciencia sensible o animal, a la propiamente conciencia de sí, propia del hombre inteligente. Los dos hombres se traban en lucha y uno de ellos, valido de la mayor fuerza, domina al otro y el otro se siente dominado. El primero es el amo; el segundo, es el esclavo, el cual, antes de caer muerto bajo los rudos golpes de su rival, prefiere prosternarse, reconocer la superioridad de su adversario, y entregarse a su dominación. ¡La servidumbre antes que la muerte! Es el grito de los esclavos, así como el grito de ¡la muerte antes que la servidumbre! es el grito de los señores. Resultado de la lucha es el *reconocimiento* tanto por parte del amo como del esclavo de que el amo es amo y el esclavo, esclavo. Que el uno tiene conciencia de ser *para sí*, y el otro tiene conciencia de ser *para otro*.

Pero pasemos al *segundo momento de la dialéctica*. El amo domina al esclavo y en lugar de tenerle encadenado, lo cual lejos de proporcionarle provecho, le ocasionaría perjuicio, al tener que alimentarlo a su costa, prefiere domesticarlo, y hacerle trabajar en su provecho. El amo domina al esclavo, y a través del trabajo del esclavo, domina también a la naturaleza, que le proporciona el disfrute y el goce de la vida.

Pero, a su vez, en la misma medida en que el amo domina al esclavo, el amo va dependiendo de él, ya que no puede gozar de la naturaleza, si no a través de sus servicios. El esclavo, con el *trabajo*, transforma la naturaleza y a su vez es transformado por ella; así es naturalizado y humanizado. Además, el esclavo, puesto bajo el miedo y el temor de su amo, se disciplina y hace inteligente. Hegel recuerda la enseñanza de la Escritura de que el temor al amo es el principio de la sabiduría (Prov. 1, 7) y así el esclavo, bajo la ley del trabajo y de la cultura, se hace inteligente, y se transforma en amo de su amo, mientras el amo por el disfrute y goce de los bienes se hace el esclavo de su esclavo.

A partir de la esclavitud, el esclavo comienza su encumbramiento. Aquí podría suponerse que el esclavo, acaba por dominar a su amo y que así se invierten los papeles. Pero si ello fuera de este modo, la historia no progresaría. El esclavo que con la ley del rigor y del trabajo se ha hecho inteligente, ha comprendido que, sin dejar de ser esclavo, ha de reconciliarse con su amo. Este es el *tercer momento de la dialéctica*, el momento de la reconciliación que en la historia se conoce como el fenómeno del estoicismo, cuando por una parte, el esclavo Epicteto comprende que la verdadera dominación es la del espíritu, en la que sabe tener a raya las propias pasiones, y por otra, cuando el emperador Marco Aurelio comprende que la verdadera dominación es la de las pasiones en que se sabe tener inalterable el espíritu, cualquiera sea la suerte de los acontecimientos exteriores. Tanto el amo como el esclavo reconocen en el otro su carácter de persona y, se reconcilian en perfecta armonía gracias a la libertad soberana del espíritu.

Aquí no queremos ahora examinar la exactitud de esta "*figura*" de Hegel, ni señalar su proyección histórica, sino solamente comprender el carácter de los tres momentos de la dialéctica. Por de pronto los dos términos, amo y esclavo, que Hegel llama afirmación y negación, están indisolublemente unidos. El uno no puede existir sin el otro. No hay amo sin esclavo, ni hay esclavo sin amo. En la misma medida en que difieren y se oponen, se necesitan y solicitan recíprocamente. El amo adquiere su propia conciencia de amo en cuanto hace trabajar al esclavo a su servicio y le obliga a cederle el fruto de su trabajo. Y el esclavo no adquiere conciencia de su valor y de su libertad si no frente a su amo que lo tiene sujeto.

La afirmación engendra así, por su propia dinámica, la correspondiente negación. El amo da origen al esclavo. Pero es la negación, el poder formidable de la negación de que habla Hegel repetidas veces en sus diversas obras, el que hace progresar la dialéctica y la historia. El esclavo bajo la ley del miedo, trabaja y se cultiva y se hace inteligente para llegar a comprender que la verdadera libertad no está en romper las cadenas exteriores, sino en saber dominarse interiormente y adquirir la paz del alma frente a los acontecimientos de la vida, forjar la propia personalidad, y así disfrutar de la verdadera libertad. Es el esclavo —negación del amo— quien revela a éste el secreto de la verdadera libertad, que no consiste en dominar al esclavo sino en dominarse a sí mismo, y en llegar a la negación de la negación, en que amo y esclavo se reconcilian.

La dialéctica tiene tres momentos que comúnmente se llaman tesis, antítesis y síntesis, y que Hegel prefiere llamar afirmación, negación y negación de la negación. Se dice tres momentos, porque cada uno de ellos está exigiendo por su propia dinámica el término siguiente. Hay un automovimiento en la progresión dialéctica. La afirmación está exigiendo la negación y la lucha que se entabla entre ellos como términos antagónicos, lucha que, a su vez, exige la negación de la negación. Como esta negación de la negación se va a constituir a su vez en afirmación de una tríada nueva, también se cumple un automovimiento que asegura la marcha interna, necesaria y automática de todo el proceso de los seres que constituye el universo dinámico de Hegel. Todo en él se automueve dialécticamente de manera ininterrumpida e incesante. Las esencialidades de la lógica se concatenan dialécticamente y en un automovimiento ininterrumpido alcanzan la cumbre de la idea absoluta, la que se enajena en la naturaleza, que es también a su vez un incesante automoverse dialécticamente, y luego, la dialéctica de la Idea absoluta con la Naturaleza avanza hacia el Espíritu que después de pasar las etapas subjetivas y objetivas alcanza con la religión y la filosofía la cumbre suprema del Espíritu Absoluto.

No hay que subestimar entonces esta idea de *automovimiento* que es esencial en la dialéctica. Así como todo el sistema de Aristóteles descansa sobre la idea de acto y potencia, de causa y efecto y por ello es un sistema que necesariamente lleva a un Acto Puro y Primer Motor, que está fuera y por encima del universo, pero de Quien éste esencialmente depende, así todo el sistema de Hegel descansa sobre la idea de automovimiento de los seres, que no necesitan de un ser trascendente. Lo mismo habrá de acaecer en el sistema materialista de Marx.

También hay que advertir que de los tres momentos de la dialéctica, la afirmación, la negación, la negación de la negación, el más importante es el segundo: el de la negación. En efecto, la afirmación, el amo en el ejemplo típico es un elemento conservador que tiende por sí a mantenerse estable e inmóvil. El verdadero elemento dinámico es la negación, que se llama negación sólo respecto de la afirmación, pero que contiene la verdadera fuerza motriz de la dialéctica. Hegel dice en su "*Lógica*": "*la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad; pues sólo al contener una contradicción en sí una cosa se mueve, tiene impulso y actividad*", y allí mismo: "*...es lo negativo en su determinación esencial, el principio de todo automovimiento que no consiste en otra cosa, sino en una manifestación de la misma contradicción*" (t. II, pág. 73). Y aclara Hegel: "*...el automovimiento interno... no es otra cosa sino el hecho de que algo existe en sí mismo, y es la falta, es decir lo negativo de sí mismo, en un único e idéntico aspecto*" (*ibíd.*, pág. 74).

La alienación. La relación que existe entre la afirmación y la negación se llama la alienación, o la enajenación. La afirmación al negarse se *aliena o enajena*, es decir, no se reconoce sino como extraña a sí misma. El amo se ve en el esclavo como un opuesto de sí mismo, como un contrario, un extraño. De aquí que el concepto de alienación encierre el de dolor, sufrimiento. El espíritu necesita alienarse para avanzar, para prosperar dialécticamente. Es un progreso laborioso, de aquí que se llame al sistema de Hegel pantragismo. Tanto la lógica como la naturaleza y la historia avanzan a fuerza de oponerse y negarse, de *enajenarse, de extrañarse*. Jean Wahl ha revelado el sentido de la filosofía de Hegel a través del concepto de desdicha en su valioso libro "*La desdicha de la conciencia en la filosofía de Hegel*" (Presses Universitaires, París, 1951).

La mediación. Hegel llama también *mediación*, a esta contradicción en la cual el hombre se debate y que es causa motriz de su movimiento dialéctico incesante. Henri Niel, ha escrito un libro importante: "*De la médiation dans la Philosophie de Hegel*" (París 1945), en que alrededor de este concepto expone toda la filosofía de Hegel. El concepto de mediación es de uso constante en la *Lógica* y en la *Enciclopedia*. Se entiende por tal el movimiento por el cual un término que se supone independiente, es mediado es decir, referido a otro. Esta referencia a otro es propia de la noción de mediación. Para Hegel y lo mismo para el comunismo, un término absolutamente aislado, puramente inmediato no tiene sentido. Lo inmediato se ha de desdoblar en otro término que lo mediatice. Y este juego de lo inmediato y de lo mediato se confundirá con el juego de la unidad y de la diferencia, siendo la unidad el estado de una cosa tomada en sí misma, en la inmediatez, y expresando la diferencia la presencia de la referencia al otro en el interior de la cosa misma.

Esta necesidad de la mediación de la dialéctica se debe en el pensamiento de Hegel a que hay que trascender la fragmentación en que se encierra nuestro pensamiento conceptual. Lo propio de la dialéctica es integrar todas las cosas en la unidad. Las realidades aisladas deben religarse al principio que las justifica dejando por lo mismo de plantearse como otros tantos absolutos. Un lazo viviente se establece entre la espontaneidad creadora y las formas que de ella proceden. El mundo de la naturaleza se religa con el mundo de la vida, el mundo de la vida con el del espíritu y el mundo del espíritu con Dios mismo. La marcha de la dialéctica a través de la mediación no se resuelve en la nada, sino en un acrecentamiento de inteligibilidad. En virtud de su limitación, cada categoría reclama una categoría más elevada en la cual superarse. Así, destrucción y creación, muerte y vida, desgracia y goce, están indisolublemente ligados. El oficio de la mediación es instalarnos en el plano en que podamos captar por dentro esta ligazón viviente.

Las tres características de la Dialéctica. Para acabar de tener una idea completa de la dialéctica tal como ha sido elaborada por Hegel y como ha de ser utilizada luego por Marx, conviene que señalemos más explícitamente sus tres características: La totalidad, el devenir y la contradicción².

La idea de totalidad que encierran todos los seres y acontecimientos del mundo, la sociedad y la historia está reclamada por la esencia misma

2 HENRY ARVON: "*Le Marxisme*". A. Colin, París, 1955, p. 34.

de la dialéctica; ésta, al analizar cualquier hecho o fenómeno dialécticamente, se propone en efecto concatenarlo con el todo de la universalidad de seres, hombres e historia. Georges Lukacs, conocido marxista, llega a afirmar que esta totalidad constituye el fundamento mismo del marxismo. *"No es la preponderancia de los motivos económicos en la explicación de la historia, dice en su notable obra "Historia y Conciencia de Clase", lo que distingue de un modo decisivo al marxismo de la ciencia burguesa, sino el punto de vista de la totalidad"*. Y, en efecto el marxismo con su interpretación de la historia pretende ilustrar al hombre moderno, sumergido en el mundo capitalista, sobre el sentido de la totalidad del Universo y de la historia hacia donde irremediabilmente se dirige.

La otra característica es la *historicidad, el devenir*, que señala la condición misma de la realidad del hombre. No hay nada fijo ni inmóvil. Todo está en perfecto movimiento. Todo cambia llevado por el empuje mismo de la historia. No hay entonces verdades inmutables ni dogmas. El marxismo no debe tampoco considerarse como una doctrina rígida sino, como enseña Marx, a quien sigue Lenin, una guía para la acción.

La historicidad propia de la dialéctica, está en función de la contradicción. El progreso de la historia, como ya lo hemos señalado, se cumple a través de la contradicción, de la lucha. La dialéctica del amo y del esclavo es el prototipo de todo proceso ascensional. Y modernamente la lucha entre burguesía y proletariado sería la condición necesaria del advenimiento de la nueva etapa salvadora de la humanidad. El antagonismo entre una y otra clase se irá haciendo cada vez más intenso hasta que se produzca el sometimiento de la burguesía y el triunfo del proletariado con la toma total y universal del poder político por parte de este último.

Los momentos de la dialéctica hegeliano-comunista son una transposición profana de los misterios cristianos. Para comprender a Marx hay que comprender a Hegel, y para entender a Hegel hay que entender los misterios más profundos del cristianismo. Porque tanto Hegel como Marx no han hecho sino transponer los misterios cristianos; el primero en un plano filosófico, y el segundo, en un plano económico social.

El cristiano eleva su mirada hacia un Dios Transcendente, infinitamente transcendente. Aunque reconoce que con su presencia Dios se hace inmanente en las criaturas, sabe que su modo especialísimo de Ser —Ser subsistente— está fuera y por encima de todo lo creado. Dios —plenitud de ser— no ha creado al hombre por una necesidad intrínseca de complementarse sino por un acto enteramente gratuito de la sobreabundancia de su bondad.

El Dios transcendente, plenitud de Ser, sin mezcla de finitud o imperfección, encierra en su Deidad dos comunicaciones de su misma esencia: una, por vía de inteligencia, otra, por vía de amor —dos procesiones—, la del Verbo y la del Espíritu. Pero ellas se cumplen en la inmanencia de la Divina Esencia. El Padre ingénito desde la eternidad engendra a su Hijo, comunicándole su mismísima esencia y el Padre y el Hijo dan procedencia al Espíritu Santo por vía de amor. El misterio de la Trinidad es el misterio más augusto e impenetrable de todos los misterios. Pero hay otro misterio también augusto e impenetrable, y es el de la Encarnación del Verbo: *"y el Verbo —el logos— se hizo carne"*. Ciertamente que Dios se basta a sí mismo y no tiene necesidad de la creatura. Sin embargo se comunica libremente con ella. La comunicación más grande se realiza en Cristo. El Hijo, la segunda persona, sin dejar de ser Dios toma en unidad de persona la naturaleza

humana. El Hijo se hace hombre. En el misterio de la Encarnación, dos naturalezas la divina y la humana, se unen en la misma persona. San Pablo nos describe este misterio como la *negación de Dios* y así nos dice en la carta a los filipenses, 2, 5:

“Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro, mantenerse igual a Dios, *antes se anonadó*, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en la condición de hombre se humilló, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiesa que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre”.

En esta enseñanza de San Pablo hay que poner atención especialmente en este “*se anonadó*”, que en latín la Vulgata, traduce por “*exinanivit*”, se hizo nada, y el original griego por *ἐαυτὸν ἐκένωσεν*, se vació. Porque de aquí procede toda la interpretación teológica falsa que había de introducir el luteranismo, y que influiría sobre Hegel para la creación filosófica de la dialéctica que, como lo hemos señalado, descansa de modo particular sobre el principio del “*segundo momento*”, el de la “*antítesis*”, o “*negación*”, o “*contradicción*”, o “*alienación*”.

San Pablo cuando habla de este “*anonadamiento*”, o “*vaciamiento*” de Cristo no lo hace ontológico como si Cristo dejara de ser Dios y se hiciera otra cosa, sino simplemente quiere llamar la atención de los cristianos sobre el ejemplo de humildad que nos dió Jesús, el cual siendo Dios se mostró como un simple hombre escondiendo la gloria y el poder de la divinidad.

La doctrina cristiana adulterada por el luteranismo

Estos dogmas cristianos van a ser adulterados por el movimiento protestante que nació de la Reforma de Lutero.

El catolicismo mantenía una actitud especulativa y sapiencial de los misterios cristianos. Los consideraba en sí mismos, en su realidad *especulativa*. Pero con Lutero comienza un movimiento teológico de la *acción y del conocimiento práctico*. Los dogmas no interesan como verdades *en sí*, verdades objeto de pura contemplación, sino como verdades *para nosotros*, y en cuanto se refieren a nuestra justificación. Lutero presta atención a lo que él llama *Theología crucis*, en contraposición a la *theología gloriae*. El aspecto metafísico de la Cristología, tampoco le interesa, pero sí su aspecto dramático. Poco le importa que Cristo tenga dos naturalezas; en cambio le interesa que haya venido a tomar nuestros pecados y a darnos su justicia. Y así también concibió de una *manera práctica* lo que los teólogos llaman la *communicatio idiomatum*, es decir el hecho de que a un *sujeto concreto único*, el Cristo, Verbo Encarnado, puedan aplicársele indistintamente las propiedades de la naturaleza humana y de la naturaleza divina. “*Dios murió por nosotros*”, se dice y con propiedad. Y ello en virtud de esta “*communicatio idiomatum*”, sin que ello signifique que haya sufrido y muerto, en cuanto Dios, en su Deidad. Sufrió y murió en su humanidad, la cual es creada y pasible, pero como esta humanidad pertenece a la Persona Divina del Verbo, legítimo es afirmar que Dios —la Persona Divina del Verbo— ha sufrido y muerto en la cruz.

Lutero, en cambio, *comienza* a entender esto de que “*Dios se hizo hombre y pecado*” en Jesucristo como si se efectuase “*un cambio*” de las virtudes y de la situación de las dos naturalezas tomadas como realidades concretas. Dios, tomando en Jesús nuestras debilidades y aún tomando nuestro pecado, pero atribuyéndonos su Justicia, y después, ulteriormente, su Gloria (Ives M. J. Congar, *Le Christ, Marie et l'Eglise*, París 1952, pág. 32-38; Georges N. Cottier, *L'athéisme du jeune Marx*, pág. 140).

Este defecto de rigor especulativo y de consideración sapiencial va a determinar que aquel texto del Apóstol a los Filipenses en que se habla de que Dios se anonadó, se interprete como si Dios al *encarnarse*, se despojara de sus atributos de esencia divina, de su inmutabilidad, y adquiriese condiciones creaturales. Se inicia entonces un movimiento teológico que va a culminar en lo que se conoce como *La teología de la Kenosis*, y en la cual los teólogos protestantes de los siglos XVIII y XIX van a sostener que el *LOGOS* tiene facultades para limitarse en cuanto a su ser y a su actividad y que en la carrera de Cristo en la Tierra, la divinidad ha estado limitada, y así la “*communicatio idiomatum*” se interpreta como “*Logos non extra carnem nec caro extra Logon*”, es a saber, como si el Verbo no tuviera ser fuera de la humanidad y la humanidad fuera del Verbo. (Ver Dic. Theologie, Vacant-Mangenot, Kénose).

Debajo de estos errores propiamente teológicos hay en el luteranismo un error fundamental filosófico proveniente del nominalismo. El nominalismo no tiene una noción exacta sobre el *Ser*, que se predica no unívoca sino *analógicamente*, de los distintos seres que lo realizan diversamente. Dios es el *Ser* por esencia, y la creatura es ser por participación. Hay una predicación analógica. La diversidad del ser permite su unidad. En cambio, en el nominalismo el ser es *unívoco*, de modo que hay, diríamos, una única masa de ser que se distribuye, parte a unos seres, parte a otros; parte a Dios y parte a las creaturas. No hay dos modos esencialmente diversos de poseer el ser —en el caso de Dios, Ser por esencia, y en el caso de la creatura, ser participado y derivado de Dios— sino una única manera, de donde se sigue que lo que tiene Dios no lo tiene la creatura y lo que tiene la creatura no lo tiene Dios.

La filosofía de la univocidad del Ser tiende a *oponer* la creatura con el Creador; tiende a extremar la trascendencia divina sobre la creatura, como si para exaltar a Dios hiciera falta humillar y despremiar a la creatura.

La Gnosis Hegeliana. Sobre esta teología adulterada elabora Hegel su sistema filosófico. Hoy está suficientemente comprobado que Hegel recibió una fuerte impregnación de teología luterana. Paul Asveld, en su excelente estudio “*La pensée religieuse du jeune Hegel*” afirma que “*Hegel no adhirió nunca a la ortodoxia luterana, aunque fue literalmente asediado por ella*”.

Todo el fondo del sistema de Hegel es profundamente teológico. Después de los estudios de Nohl³, Dilthey⁴, Enrico de Negri⁵, Jean Wahl⁶,

3 *Hegel Theologische Jungendschriften*, Tubinga, 1907.

4 *Hegel y el idealismo*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, Bs. As. 1956.

5 *L'elaborazione hegeliana di temi agostiniani*, en *Revue Internationale de Philosophie*. T. VI, 1952, N° 19, pág. 62-68.

6 *Le malheur de la conscience dans la philosophie de Hegel*, Presses Universitaires de France, 1951.

Hippolite ⁷, Asveld ⁸, Grégoire ⁹, nadie duda al respecto. El dominico George M. Cottier ¹⁰, acaba de hacer una demostración de esta tesis en las primeras cien páginas de "*L'athéisme du jeune Marx*", que causa una impresión de sobrecogimiento.

Y en efecto. Todo el sistema de Hegel está construido sobre la noción de *Entäusserung* que los autores traducen por el término *alienación*. Enrico de Negri en su excelente artículo "*L'elaborazione hegeliana di temi agostiniani*", dice de *entäusserung*: "el automovimiento de la idea o del espíritu absoluto o del sistema en tanto que el sistema se desarrolla o debería desarrollarse sobre un terreno limpiado de toda impureza".

Este término *entäusserung* es la forma sustantivada de la palabra *hat sich selbs geeussert*, con que Lutero traduce de la Vulgata aquel "se anonadó" de San Pablo a los Filipenses, de que hablamos más arriba.

Así como en la Encarnación, interpretada en la doctrina de la kenosis el Logos se vacía de la divinidad, y se reviste de la humanidad para ser exaltado en la comunidad de la Iglesia por el Espíritu, así en el sistema hegeliano, el Logos, el Espíritu se va vaciando en diferentes figuras hasta alcanzar su completa realización en el Espíritu Absoluto, que comprende lo infinito y lo finito, la identidad de la identidad y de la no identidad.

En este proceso que cumple el Logos podemos considerar un doble movimiento, un movimiento de negación, de alienación, en que el logos se va despojando de toda trascendencia, y un segundo movimiento, negación de la negación o apropiación —*aufheben*— en que el logos se apropia en su inmanencia de la divinidad representada en la anterior trascendencia.

Primer movimiento, la negación. Aquí tenemos que considerar que Dios se hace el Cristo, *Menschwerdung*, se encarna, entendido como una acción o devenir incesante, o mejor, "*Dios se identifica con la historia, que es un continuo proceso de manifestaciones, revelaciones, encarnaciones. Aquí tenemos el sentido de la Fenomenología del Espíritu que se desarrolla en sucesivas figuras*". (Cottier).

En estas sucesivas figuras Dios muere o sea que la muerte de Cristo es la negación, lo que en Hegel constituye el alma vivificadora del movimiento.

La muerte de Cristo —alienación— es también *mediación*, porque una figura nos hace llegar a una figura superior y así a través de la serie de figuras llegamos al saber absoluto. Las figuras que son negación del Logos, el otro del Logos, son también su negación.

Pero Hegel quiere negar primeramente un Dios trascendente; por esto, en este proceso de *Entäusserung*, *Kenosis*, que se cumple en la totalidad del sistema Hegeliano se van realizando una serie de alienaciones. Hegel rechaza al Dios trascendente de la tradición judeo cristiana, se ensaña particularmente con el Dios de Abraham. Y en la célebre figura del Amo y del esclavo, el amo es el Dios trascendente y el esclavo es la conciencia; pero el esclavo acabará por ser amo de su amo, cuando logre reabsorber la divinidad en la inmanencia de la conciencia.

El segundo movimiento de la Entäusserung. El primer movimiento, la negación de la *Entäusserung*, no constituye sino un primer tiempo de un

7 *Génesis et structure de la phénoménologie de l'esprit de Hegel*, Aubier, París, 1945.

8 *La pensée religieuse de jeune Hegel*, Desclée De Brouwer, París, 1952.

9 *Aux sources de la pensée de Marx*. Vrin, París, 1952. *Etudes Hegeliennes*, Louvain, 1958.

10 J. Vrin, París, 1958.

movimiento circular. A la pérdida sucede la reapropiación, a la escisión, la reconciliación, a la negación, la negación de la negación. Al anonadamiento de que nos habla el Apóstol sucede la exaltación de que también nos habla. La negación suprime y conserva. Se niega la divinidad como trascendente, pero se la conserva en la immanencia.

En resumen, que Hegel toma del Misterio cristiano de la Trinidad, la idea de "proceso", o "procesión", la cual, aunque en la buena teología no implica movimiento ni cambio, Hegel la toma como si fuera la de un automovimiento. ¿De dónde saca Hegel esta idea de automovimiento que se desarrolla en tres momentos? La saca del misterio de la Encarnación, entendido malamente a través de la Teología de la Kenosis, como si el Logos se transformara en la Humanidad de Cristo, para luego transformarse ésta, en su pasión y muerte, en la exaltación de la Iglesia. Esta confusión y simplificación de los más altos misterios cristianos la traslada desde el plano de la teología al de la filosofía, al del "concepto". En el concepto se ha reabsorbido toda trascendencia y el concepto es sujeto que se automueve y se autocrea. El concepto es *causa sui*, no sólo con relación a sus propias determinaciones, sino que él es la efectividad. El movimiento dialéctico interno era ya un juego de lo mismo y de lo otro. Pero también el logos debe tener su otro, la natura. *Natura y logos* son así los dos momentos de una unidad dialéctica, pero esta victoria no puede perdurar porque señalaría la victoria de la dualidad y de la escisión. A su vez, logos y natura son "suprimidos" en el espíritu. El logos evoluciona a través de la natura en el espíritu, que es identidad de la identidad y de la no identidad. El espíritu se realiza históricamente en el *arte, la religión y la filosofía*, Dios se confunde con la historia. Y como la historia es la humanidad andando, Dios se confunde con la vida de la humanidad, con el devenir humano, vale decir que se va realizando a través de la praxis filosófica.

La gnosis de la dialéctica revolucionaria comunista. Los tres momentos de la dialéctica de Hegel son de esta suerte una transformación *en el plano de la razón humana* de los misterios cristianos y, en especial, del misterio de la Encarnación falsamente entendido. Resulta así una perversa teología, y una perversa filosofía. Los otros misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Pasión y muerte del Señor y de la vivificación de la humanidad en el Cuerpo Místico por el Espíritu Santo, son utilizados para construir un sistema ateo y evolucionista que convertirá la filosofía moderna en una divinidad, en una gnosis atea y peligrosa. Se llama gnosis en sentido peyorativo, todo sistema que racionaliza los misterios cristianos. Es la gran herejía que trata de destruir al cristianismo desde el primer momento de su existencia y que persevera bajo diversos nombres en todas las edades cristianas. A pesar de todo, la gnosis hegeliana no será de todas las posibles la más peligrosa. Hegel mantiene la superioridad del espíritu sobre la materia. Puede discutirse la legitimidad con que Hegel afirma esta superioridad del espíritu. Porque en rigor, al constituirse la dialéctica por la contradicción y por la negatividad como por su elemento esencial y constitutivo, está movida no precisamente por el ser sino por la nada. No tiende en consecuencia hacia arriba, hacia el Espíritu, sino hacia abajo, hacia la materia. Sin embargo, aunque puede cuestionarse la coherencia del sistema de Hegel, el hecho es que en él, el Espíritu tiene la primacía. Marx, en cambio, por su famosa inversión de la idea en lo económico-social, creará una gnosis más perversa y revolucionaria llevando al plano de la vida de los pueblos y de las sociedades humanas este cristianismo gnóstico como

factor de disolución social. El cristianismo en efecto, sustancialmente desfigurado e invertido —por algo se llama al Diablo, Dios invertido— está alimentando y sosteniendo este engendro terrible que es el comunismo ateo de Karl Marx y de Lenin. Hemos visto cómo Marx mantiene como pieza esencial de su sistema, la de “Proceso”, “cambio” y “movimiento”. Nada hay estable, todo es puro proceso. Esta idea la toma de Hegel, el cual a su vez, en su transposición sacrílega, la toma de “*las procesiones*” que se cumplen en la inmanencia de la Trinidad.

Este proceso se desenvuelve en los tres grandes momentos de afirmación, negación y negación de la negación. La de Hegel es una dialéctica que se desenvuelve con ritmo triádico. Este sistema está tomado también, como hemos explicado, del misterio cristiano de la humillación de Cristo. En la Encarnación, cuando el Verbo se hace Hombre, hay una afirmación, el Verbo, hay una negación —el hombre—, y una negación de la negación o superación —que es Cristo exaltado sobre todo lo creado—. Marx va a llevar estos tres momentos de la dialéctica al plano de la historia actual de la humanidad.

El punto central del sistema de Marx, lo constituye, lo que se llama “*la gran ley de la historia*”, o “*la profecía de Marx*”, y que consiste en definitiva en el *paso dialéctico* del capitalismo al comunismo. Esta ley tiene tres momentos culminantes. *Primer momento*, la humanidad del comunismo primitivo, cuando por la falta de división del trabajo, y debido al carácter primitivo de la técnica, no hay *posesión privada de los medios de producción*. En la concepción marxista es éste un comunismo puramente “*negativo*”, “*pobre*”, “*vacío*”, algo así como la “*idea*” en la lógica de Hegel. Para enriquecerse, para pasar de lo vacío a lo lleno y rico, esta humanidad tiene que alienarse, perderse, así como la “*idea*” de la Lógica antes de llegar a la riqueza del espíritu Absoluto, tiene que pasar por todas las fases de la naturaleza y de la historia. Y el factor de enriquecimiento, lo constituye la negación o contradicción. El hombre no puede enriquecerse con el progreso técnico si no se niega y se aliena. En realidad, Marx no asigna la razón a la necesidad de esta alienación. ¿Por qué el hombre del comunismo primitivo que viene desalienado no pasa directamente y en un proceso continuo al hombre del comunismo con alto progreso técnico sin necesidad de pasar por la etapa del trabajo alienado de la época de la esclavitud, del feudalismo y del capitalismo? Marx no asigna ninguna razón de esta necesidad. La impone el juego dialéctico. Y ¿por qué la impone el juego dialéctico con su movimiento triádico? Tampoco asigna Marx como no asigna tampoco Hegel, ninguna razón. La herencia cristiana, de la cual no ha podido desprenderse el mundo moderno, aun en la etapa más profunda de sus aberraciones, está alimentando y sosteniendo un pensamiento que, de otra suerte, se agotaría en un puro nihilismo.

Pasamos *al segundo momento* de la dialéctica comunista, cuando la humanidad, cuya esencia la constituye el trabajo social, se aliena o pierde por la propiedad privada de los medios de producción. Este segundo momento tiene una larga y accidentada trayectoria histórica que recorre en el régimen de la esclavitud, en el régimen feudal y finalmente en el régimen del capitalismo. El progreso técnico determina la división del trabajo, la cual, a su vez, trae como consecuencia que ciertos hombres, propietarios de los medios de producción sometan al trabajo a los que están privados de dichos medios. La sociedad se convierte en dos clases irreconciliables, la de los explotadores y la de los explotados, que en la fase actual del desarrollo dialéctico la constituyen burgueses y proletarios. Cada una de estas

clases constituye a la otra dialécticamente y, a su vez, se opone a la otra y lucha y combate contra la otra.

La tragedia del drama cristiano en que el Verbo-Dios se entrega a la gran humillación de tomar nuestra humanidad pasible y de hacerle recorrer los diversos pasos de una pasión accidentada y colmada de oprobios, encuentra su correspondiente paralelo en la masa trabajadora de la humanidad —esclavos, siervos y proletarios— que con sus sufrimientos y sus luchas entabla el gran combate para liberar a la humanidad.

Esta alienación económica determinada por la propiedad de los medios de producción, ha de engendrar a su vez, otra alienación en el plano social, político, filosófico y religioso. La infraestructura económica determina y engendra también la superestructura. El hombre que se siente esclavo ante el patrón, su amo, en el régimen burgués se siente también, por una alienación puramente imaginativa, esclavo ante su amo, un Dios trascendente, sobre todo el de la tradición judeo cristiana. Y el hombre, el proletario, no ha de entablar su lucha a muerte contra el patrón económico, su amo, si no la entabla primeramente contra su amo religioso —el Dios de la religión— pues para vencer la alienación que lo tiene perdido necesita tener confianza en su poder creador, lo cual no será posible mientras esté acobardado y apocado poniendo su confianza en un Creador fuera de sí. Para que el proletario tome conciencia de su Poder Creador, de su propia vida y de la historia, debe autoconvencerse de que sólo él es su divinidad para sí mismo, de que *“el hombre es la esencia suprema del hombre”*¹¹, y por consiguiente como otro Prometeo debe exclamar *“odio a todos los dioses”* y hacer suyas las palabras del mismo Prometeo a Hermes el mensajero de los dioses: *“Jamás cambiaré mis cadenas por el servilismo del esclavo. Mejor es estar encadenado a una roca que obligado al servicio de Zeus”*¹². Por aquí se ve que el ateísmo —la guerra a la religión— constituye un elemento esencial e inseparable del comunismo de Marx.

Y así podemos comprender el *tercer momento de la dialéctica comunista*, el de la negación de la negación, cuando el proletariado, pertrechado de la teoría revolucionaria del socialismo científico, entabla su batalla despiadada contra el mundo que él llama burgués, y que lo es en gran parte, ya que por efecto de la revolución anticristiana, la antigua ciudad católica que floreció en el medioevo, se ha transformado en la sociedad cristiana aburguesada del mundo occidental. El comunismo sostiene que en este tercer momento el proletariado ha de obtener una victoria aplastante sobre la burguesía y que después de un proceso laborioso, ha de instaurarse finalmente la ciudad mundial comunista. Así como el Verbo se humilla y obtiene la victoria sobre el pecado, así el proletariado redentor humillado salva a la humanidad.

De este comunismo dice Marx en su famoso *“Manifiesto de 1844”*: *“El es la genuina solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza, y entre el hombre y el hombre, la verdadera solución de la lucha entre la existencia y la esencia, entre objetivación y propia afirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. El comunismo es la solución del enigma y de la historia, y la conciencia misma de ser esta solución”*.

Así la afirmación de la humanidad, su pérdida en el capitalismo y su recuperación y salvación en el comunismo, responde a la versión profana

11 MARX, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

12 MARX, *Filosofía de Demócrito y Epicuro*.

y económica social del misterio cristiano de la Encarnación, de aquél “*se anonadó*” de San Pablo a los Filipenses. El proletariado adquiere los atributos de mesianidad que en el cristianismo corresponden a Cristo, el Salvador y la ciudad del trabajo comunista es la versión marxista del Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia.

El materialismo histórico de Marx es, con toda verdad, una gnosis operativa de la Revolución Anticristiana.

El poder destructivo de los tres momentos de la dialéctica

La dialéctica comunista descansa como en su eje propio en la lucha que lleva el proletariado contra la burguesía para implantar la ciudad atea del trabajo prometeico. Aquí el proletariado es utilizado como mito y como masa pasiva. En rigor la Revolución sale de cerebros burgueses. Marx, Engels, y Lenin, fueron burgueses y la Revolución antes de encarnarse en el proletariado, debe estar en los cerebros de los intelectuales burgueses. El comunismo es una “*teoría revolucionaria, destructiva del hombre, hecha acción*”. Con ella se quiere torcer el destino mismo del hombre. El hombre está hecho en definitiva para contemplar a Dios, Uno y Trino. El hombre por su destino es un ser contemplativo. En cambio, el comunismo le convierte en un “*homo faber*”, en un puro trabajador, tuerca de la gran fábrica de la ciudad colectivista. Si el hombre trabaja, lo hace para vivir su vida sensible, vive su vida sensible para vivir su vida intelectual; vive su vida intelectual para vivir de Dios y en Dios. El destino definitivo del hombre es ser contemplativo de Dios. Honorable es la cultura profana, sea filosófica, sea política, sea económica, sea simplemente la actividad de los trabajos inferiores que cumplen los grupos más humildes. Pero por encima de ello está la vida cristiana que en definitiva se dirige a la contemplación divina. Al cambiar el sentido de la vida del hombre, el comunismo cambia el de la sociedad y el de la historia y como no es un movimiento teórico sino práctico y operativo, trabaja también incluso revolucionariamente para crear un acondicionamiento social que desquicie profundamente al hombre y lo embrutezca. Los momentos de la dialéctica comunista, no sólo en cuanto dialéctica, sino en cuanto comunista, son un factor poderoso de disolución del hombre y de la historia.

¿Cómo se ha logrado trocar en fuerza revolucionaria destructiva los misterios cristianos? Vamos a explicarlo brevemente. En el cristianismo, Dios es la plenitud de ser que sin sufrir la menor inmutación ni detrimento, en el tiempo comunica por participación en las criaturas sus divinas perfecciones. La criatura sólo se enriquece cuando recibe de Dios, Plenitud de Ser, el ser, la vida, la inteligencia, el amor y la gracia. El acrecentamiento de perfección que se cumple en el plano de lo finito es participación y derivación de aquella fuente de plenitud que es Dios. La criatura que se enriquece nada intrínseco añade a Dios. No porque haya la riqueza de la Creación y de la Gracia existe una mayor suma de ser y de bien que la que hubiera habido si Dios no hubiera creado nada.

Esto se entiende perfectamente si se tiene la noción clara de la analogía del ser por esencia y del ser por participación. Pero al carecer de esta noción, Hegel y el comunismo de Marx detrás de él, inventaron el absurdo de que el ser sale de la nada, y se ven entonces obligados, para explicar el ser de la naturaleza y de la historia que tienen frente a sí, a recurrir a estos tres momentos de la dialéctica que por un proceso continuo genera-

rían un enriquecimiento sin fin del propio ser. Pero si el ser sale de la nada, el ser es nada, y como la nada destruye, tanto la gnosis hegeliana, como la gnosis comunista adquieren la fuerza fantástica de destrucción que encierra la dialéctica. Nuestro Señor nos enseñó el lenguaje de la verdad; *Est, est; non, non; sí, sí; no, no* (Mateo 5, 27). El comunismo, en cambio, es la mentira hecha acción y por lo mismo, destrucción.

Cierto es que el comunismo dice que destruye para construir. Destruye los últimos restos de la civilización cristiana que aún quedan detrás del llamado mundo occidental, para construir el hombre y el mundo comunistas. Pero el hombre y el mundo comunistas consisten precisamente en la destrucción del hombre. El hombre vuelto contra su bien psicológico, y contra su bien sociológico. Destrucción de su personalidad con modernas técnicas fisiológicas y psíquicas. Destrucción de las estructuras sociológicas como la familia, las sociedades naturales y la sociedad política. Destrucción de la auténtica convivencia social y política. Y sobre todo destrucción de las aspiraciones profundas de la inteligencia y del corazón humano que se siente lanzado hacia Dios, su Verdad y su Bien. Destruído el hombre en los mecanismos elementales de su ser físico que condicionan sus interiores aspiraciones, puede ser luego utilizado como materia maleable en la edificación de la antihumana y cruel sociedad comunista. A ella conduce y en ella termina el gran instrumento de la dialéctica. Porque, en definitiva, el hombre que en lo que es y en lo que tiene como propio suyo es nada, cuando en su loca y estéril soberbia se autoconfiesa *Creador de sí mismo* no puede menos que acabar con su propia destrucción.

JULIO MEINVIELLE.